

CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN
ACTAS DEL GRUPO “CATÓLICOS EN DEMOCRACIA”
AÑO 2008

ACTA PRIMERA REUNIÓN

Fecha:	Miércoles 19 de marzo 2008
Lugar:	Sala Padre Hurtado, Colegio San Ignacio
Asistentes:	Jorge Costadoat S.J., Luis Oro, Beltrán de Ramón, Carlos Casale, Jorge Peña, Enrique Muñoz, Luciano Tomassini, Ricardo Budinich, Juan Noemi, Mariano de La Maza, Cesar Lambert, Maximiliano Figueroa
Tema:	El sentido específicamente cristiano de la esperanza
Expositor:	Carlos Casale quien presenta el texto previamente enviado para su lectura: <i>Algunas reflexiones sobre la visión cristiana del hombre desde la perspectiva de la esperanza</i>

Oración inicial.

La conversación y reflexión sostenida dio a luz las siguientes ideas o planteamientos:

1. La esperanza es introducida por el cristianismo. No ocupa lugar en los griegos, por ejemplo.
2. La esperanza tiene una importante conexión con la temporalidad. Fe y esperanza nutren e iluminan nuestra marcha por el mundo, acompañan al hombre en su condición de *homo viator*. La caridad, se sostiene, llegaría a su realización y expansión plena en la trascendencia
3. Después de siglos de fe puesta en la razón y de las correspondientes decepciones que le sucedieron, la nueva encíclica acierta al poner el acento en algo que el hombre contemporáneo requiere con urgencia: esperanza.
4. Se sostiene que el cristianismo permite “purificar” las esperanzas humanas orientándolas a la plenitud contenida en *la* esperanza (cristiana). El ethos contemporáneo ha perdido el sentido de la grandeza y los individuos viven apostados a “pequeñas” esperanzas cercanas a la trivialidad y a la in-trascendencia. El trabajo de algunos intelectuales modernos, además, ha erosionado la disposición a la esperanza desde los excesos de un espíritu crítico, de duda y sospecha, alimentando la negatividad, la autorreferencia del individuo y la desesperanza. Las “pequeñas” esperanzas promovidas por el ethos contemporáneo decepcionan porque el hombre está hecho para la eternidad.
5. La esperanza cristiana es una esperanza en Dios mismo, se funda en la Encarnación, en la experiencia de Dios que se da a través del Hijo.
6. En el centro de la esperanza cristiana el hombre vive la íntima conexión entre promesa y gratuidad.

7. Los cristianos tendrían la tarea de testimoniar en el mundo una esperanza que no se caracterice principalmente por su carácter reactivo, sino más bien uno propositivo y claramente inclusivo. Pensadores cristianos como Jean Ladrière tienen el mérito de haber mostrado que la racionalidad moderna posee una cierta estructura escatológica, en la modernidad hay algo más que inmanentismo, lo que permite fundar un diálogo desde la perspectiva que otorga la fe.
8. Se señala la importancia de meditar más sobre los compromisos y actitudes que los cristianos pueden asumir en el mundo a partir de la esperanza que los anima y les nutre de sentido.

ACTA SEGUNDA REUNIÓN

Fecha: 16 de abril de 2008
Tema: Formas contemporáneas de la desesperanza
Presentador: Jorge Costadoat sj
Lugar: Sala Padre Hurtado, Colegio San Ignacio El Bosque
Asistentes: Jorge Costadoat (coord.), Luciano Tomassini, Carlos Casale, Lambert, Luis Oro, Pedro Morandé, Mariano De la Maza, María José López, Enrique Muñoz, María Eugenia Góngora, Maximiliano Figueroa (sec.)

- Se valora que el hecho de que el texto presentado por Jorge está en conexión con la Encíclica y su diagnóstico de que esta es una época que ha hecho la experiencia de los límites que implicaban las “esperanzas” de progreso registradas en el siglo XX. Se valora, también, el reconocimiento que se hace de experiencias cercanas a la desesperanza como la frustración, el descorazonamiento, la desilusión, el nihilismo; se ve en ello una posibilidad para explorar, comparativamente, la raigambre teológica de la esperanza.

-Se señala la dificultad que reviste analizar la sociedad contemporánea desde las categorías usuales. Por ejemplo, ¿cómo ubicar la sociedad actual dentro de la conceptualización tradicional de la creación? La esperanza se vincula al tiempo y su vivencia, pero también ésta es una categoría que se ha transformado. Hace dos siglos que el tiempo lo administra la sociedad. Aristóteles concebía el tiempo como la medida del movimiento y refería a una regularidad natural dentro de un orden teleológico, hoy en día la determinación proviene principalmente de una sociedad de la información que opera sobre la categoría tiempo configurando activamente su medida y ritmo. La instantaneidad es una categoría reciente y distintiva de esta sociedad y nos habla de una nueva relación con el tiempo (y la distancia) fundada en una base técnica que, como nunca antes, permite “suspender” el tiempo, poner tiempo y distancia entre paréntesis. Celeridad, prisa, productividad, presencialidad, instantaneidad, aparecen como nociones a considerar en los modos actuales de vivir y pensar el tiempo. El tiempo se ha transformado en un bien escaso y un objeto de cálculo económico (*time is money*). El tiempo de las personas no tiene el mismo valor, un alto ejecutivo no puede esperar. Sabemos que se ha dicho: “¡los pobres no pueden esperar!”, pero lo cierto es, que en los hechos, los pobres *pueden* esperar porque lo que tienen es precisamente tiempo, y, todavía, un tiempo natural, personal.

- El ethos moderno, si bien registra experiencias de desesperanza, variadas formas de frustración, lo cierto es que también es un ethos autosatisfecho en que los sujetos desarrollan esperanzas o, más bien, expectativas auto-referidas, propiciadas desde el predominio de un pensamiento funcionalista, calculador, hedonista. En la sociedad de la celeridad y la productividad ya no se habla de esperanza sino de expectativas,

de metas, de resultado. Generación de un tipo de individuo que se in-dispone a la esperanza, a la trascendencia, a Dios mismo. Puede resultar valioso reparar en la reflexión de S. Kierkegaard sobre la experiencia del desesperar. Básicamente plantea que el desesperar adviene en un sujeto que “ha olvidado” su condición espiritual, que su yo media entre la finitud y la infinitud, entre lo temporal y lo eterno; que no experimenta su condición creatural y se cierra a la apertura al Poder de Dios en cual cabe depositar toda la confianza y la esperanza. La desesperación consiste en que el hombre no tenga conciencia de estar constituido como espíritu. La auténtica experiencia de Dios, para Kierkegaard, es la experiencia de la imposibilidad del desesperar.

- El ethos contemporáneo no dispone para la esperanza, así por ejemplo, puede considerarse que la educación tiende, cada vez más, a traducirse en capacitación y formación del individuo en su capacidad de autoafirmación y autocentramiento. Se forma para la vida privada, para que el sujeto sienta que todo se debe a su esfuerzo, que no puede esperar nada más allá de sí mismo en una sociedad en que la competencia es la ley que rige el espacio social. Se educa en la idea de que todo depende de nosotros

- Se sostiene que la esperanza tiene que ver con la experiencia de comunión, por ejemplo, el pobre tiene la esperanza de sentirse reconocido. Podría afirmarse que la comunión es de suyo entre pobres, entre los que reconocen ser necesitados. Una contracara de la comunión, presente en la sociedad contemporánea de manera creciente, es la experiencia de la soledad, en medio de ella a no pocos les cuesta mantener la esperanza.

ACTA TERCERA REUNIÓN

Fecha: 18 de junio de 2008
Tema: Esperanza cristiana y política (Maximiliano Figueroa)
Presentador: Jorge Costadoat
Lugar: Sala Padre Hurtado, Colegio San Ignacio El Bosque
Asistentes: Jorge Costadoat (coord.), Luciano Tomassini, Carlos Casale, Luis Oro, Mariano De la Maza, Beltrán de Ramón, Jorge Peña y Juan Noemi.

Ideas para organizar las reuniones del próximo semestre:

- Discutir el tema de la “esperanza cristiana y política” con su autor, Maximiliano Figueroa.
- Tema: ¿Cómo podemos inspirar la esperanza en la sociedad en que vivimos?
- Aprovechar lo que hemos trabajado sobre los “signos de los tiempos” sobre la relación esperanza/historia.
- Dar cabida a aportes concretos, como el de planteado por Beltrán De Ramón (partir de casos concretos).
- Dar cabida a lo más testimonial.
- Aprovechar a Juan Noemi, que enseña el tema de la esperanza cristiana. Podría planear unas cuatro reuniones.
- Enrique Barros, en otro momento, sugiere trabajar a partir de casos.

Anexo

Esperanza cristiana y política

Maximiliano Figueroa

1. Estas notas, breves en su extensión y provisionales en su formulación, quieren esbozar **parte** de la posible convergencia de la esperanza cristiana con la política. No me detendré en una aclaración que juzgo no necesaria: la esfera política no agota ni puede agotar jamás todo lo implicado en la esperanza cristiana. Señalar que la esperanza cristiana puede, y debe, tener una proyección en el orden político no significa desconocer su superabundancia de sentido y su carácter escatológico y trascendente, sino sólo postular que existe una dimensión práctica que ésta ilumina, nutre de sentido, a la que le exige ciertas tareas y a la que puede proporcionar impulso y orientación, todo esto en coherencia con su carácter más íntimo.

2. Efectivamente, existe una dimensión moral esencial del mensaje evangélico que el creyente estaría demandado a proyectar en la sociedad políticamente. El teólogo y filósofo José Gomez Caffarena, expresa esto de un modo especialmente claro: “Para el cristiano, la inserción en la actividad política será la lógica consecuencia macrosocial de su conversión al amor... A la pregunta sobre el proyecto de sociedad, surgen desde la opción fundamental de la *agápe* respuestas suficientemente concretas; sobre todo en lo que excluyen. No es compatible con esa opción una sociedad con poder opresivo del ser personal humano; no es compatible una sociedad con desigualdad y segregación sistemática de unos grupos sobre otros. Decir *agápe* es decir respeto y solidaridad. La “fraternidad”, que cierra el lema de la Revolución Francesa, contiene, en un lenguaje que roza lo místico, la clave que armoniza profundamente las otras dos exigencias éticas: “libertad, igualdad”. Y, si el desarrollo político de éstas se llama “democracia” y “socialismo” (en un nivel que aún deja diversas posibles formas de realización y no ignora las dificultades de cada una de esas formas), no podrá un auténtico cristiano sentir extraños esos nombres; porque en lo que quieren expresar culmina una lógica que arranca de la “fraternidad”; y lo que expresa el nombre “fraternidad”... pertenece a la entraña del cristianismo.”¹

3. Esta larga cita permite explicitar que el concepto de “fraternidad” reviste especiales posibilidades de realización en ese único espacio que hasta ahora conocemos que lo reclama y lo promueve: la democracia. Entre la democracia y el cristianismo existiría una lógica o dinámica moral coincidente, inclusión y solidaridad pueden considerarse como la traducción secular y política del mandato evangélico de amor al prójimo. En ese sentido, para los cristianos, existiría el desafío de valorar decididamente la democracia como sistema político y comprometerse con la tarea de transformarla en un espacio de esperanza.

4. A lo largo de la encíclica *Spe Salvi* hay una idea que se repite con especial insistencia: la salvación es siempre una realidad comunitaria. “Esto supone –afirma el Papa– dejar de estar encerrados en el propio yo, porque sólo la apertura a este sujeto universal abre también la mirada hacia la fuente de la alegría, hacia el amor mismo, hacia Dios”. “Esta concepción de la vida “bienaventurada” orientada hacia la comunidad se refiere a algo que está

¹ Véase V. Camps (1987): *Historia de la ética*, Barcelona, Crítica, vol. 1, p. 316

ciertamente más allá del mundo presente, pero precisamente por eso tiene que ver también con la edificación del mundo, de maneras muy diferentes según el contexto histórico y las posibilidades que éste ofrece.” Con sorpresa el Papa se pregunta: “¿Cómo ha podido desarrollarse la idea de que el mensaje de Jesús es estrictamente individualista y dirigido sólo al individuo? ¿Cómo se ha llegado a interpretar la “salvación del alma” como huida de la responsabilidad respecto a las cosas en su conjunto y, por consiguiente, a considerar el programa del cristianismo como búsqueda egoísta de la salvación que se niega a servir a los demás?”

Interpreto estos planteamientos como la necesaria urgencia de proyectar la esperanza cristiana en el espacio social. La salvación a que se refiere la esperanza de la fe cristiana no es una salvación privada. En esta perspectiva, adquiere un especial valor el esfuerzo que realizan distintos teólogos (JB Metz, J. Moltmann, G. Gutiérrez, etc.) por “desprivatizar la orientación de la teología.” Por otra parte, la Iglesia como institución vive ella misma bajo “la reserva escatológica”. Ella no existe por su propia voluntad, ni está al servicio de su propia autoafirmación, sino que está ahí para la afirmación histórica de la salvación de todos. La esperanza que ella predica no es una esperanza en la iglesia, sino en el Reino de Dios (Metz). Considerando esto, la tarea de la iglesia pasa por movilizar frente al proceso social la capacidad crítica que está depositada en la tradición del amor cristiano, desde ahí comprenderlo, juzgarlo, intervenirlo y orientarlo, especialmente a través de creyentes comprometidos con la acción política. Para que el amor pueda penetrar el mundo, que en eso consiste la Redención, para que el Tiempo se conjugue con la Eternidad, es preciso que el amor no permanezca en el registro de la iniciativa individual; es preciso que se convierta en la obra de una comunidad, en el tiempo de una comunidad.

2. Si aceptamos el planteamiento de que el espacio público es el espacio para hablar y actuar en vista de configurar un mundo común, el espacio en que podemos aparecer como ciudadanos y operar como agentes activos en la construcción social, entonces los cristianos están demandados a interrogar públicamente por la calidad de ese espacio, por las posibilidades efectivas que entrega para la “aparición” de todos los individuos. Corresponde a la sensibilidad evangélica formular preguntas como las siguientes: ¿existe alguien que quede fuera de la discusión, que no esté siendo incluido y considerado en sus intereses o necesidades? ¿Quién no participa de la discusión debiendo hacerlo? ¿A quién no estamos escuchando, a quién no se está concediendo la palabra ni reconociendo como interlocutor ni como ciudadano? Tales preguntas serían el impulso para un compromiso operativo por la ampliación del espacio público, por contribuir de manera efectiva al progreso en su carácter inclusivo y auténticamente democrático

Como una exigencia que nace del mismo Evangelio, los cristianos podrían actuar en el espacio público político intensificando la urgencia de la inclusión y la justicia social en su articulación. En esta perspectiva, la introducción de *la atención* como virtud social puede caracterizar uno de los posibles aportes del cristiano en la política. La pensadora francesa Simone Weil afirmaba que “la atención es una forma de la justicia porque consiste en vigilar para que no se haga daño a los seres humanos” y que “todas las veces que se presta verdaderamente atención se destruye el mal en sí mismo.” Weil llegó a visualizar que la sociedad debía generar un régimen para la expresión pública de las opiniones definido no sólo por la libertad sino también por una atmósfera de silencio y de atención en la que el grito del débil pueda hacerse oír.

Este planteamiento nos ubica en parte importante de ese ámbito en que una sociedad democrática juega su índole moral y el carácter político que la define. Cuando existe fidelidad a la lógica y al impulso del propósito democrático, la sociedad ha de ser capaz de desarrollar una institucionalidad adecuada para detectar las posibles víctimas que el orden instituido pueda estar produciendo, ha de generar la capacidad de atención, de escucha, respecto a aquellos que suelen tener dificultades para hacerse oír, que no pueden litigar por sí mismos y van quedando “rezagados”, expuestos a la marginalidad y la humillación. Cuando los cristianos instalan la necesidad de la virtud de la atención en el espacio democrático, a la vez que plantean la urgencia de dar curso a la profundización de la democracia misma, responden a una proyección social necesaria del mandato de amor al prójimo, específicamente, de opción por los pobres, los comúnmente excluidos. Crean condiciones para que los débiles y postergados lleguen a tener esperanza y extienden en alguna medida la esperanza cristiana a sus principales destinatarios.

Esta atención no puede ser una modulación más del paternalismo, se trata de una atención que exige la conversión de la sociedad y sus agentes a la perspectiva de los pobres, una atención para tomarlos como autoridad y guía en la construcción y transformación del orden social toda vez que a ellos se dirige en primer lugar la esperanza cristiana. La política que traduce el sentido evangélico es aquella que adopta la perspectiva de los pobres, aquella que les da la palabra, que les habilita un sitio de privilegio, que los reconoce como autoridad. En la sinagoga de Nazaret Jesús dice: “A los pobres se les anuncia la buena nueva” (Lc 4, 18).

3. Si aceptamos que en el ámbito de los asuntos humanos el hombre es una suerte de taumaturgo que por la acción es capaz de poner en marcha nuevos procesos, de sentar un comienzo, de tomar la iniciativa y fundar posibilidades que no se sospechaban y que pueden cambiar el curso de los acontecimientos, si aceptamos que **la acción colectiva es el poder que constituye la política como generadora de un mundo común**, el poder capaz de hacer posible lo que se pensaba que era imposible, entonces, cabe reconocer la política como el ámbito donde es posible la esperanza. Los cristianos están demandados a asumir una participación activa en dicho ámbito como agentes movilizados por la esperanza de una sociedad más acorde con los valores del evangelio, a hacer cada vez más actual el “futuro presente” del Reino de Dios (Lucas 17,21) Esta demanda se intensifica en una época de pesimismo y frustración frente a la política.

4. En tiempos como los actuales, de claro debilitamiento de la esfera política, la recuperación y fortalecimiento del espacio público político y de la voluntad que lo genera, exige a los cristianos sumarse a la crítica respecto al concepto de vida privada que impulsan los procesos modernizadores. La privatización de la existencia a la que somos impelidos, o seducidos, nos “priva” de ver y oír a los demás, de ser vistos y oídos por ellos, de sentirnos capaces y, por lo tanto, responsables de configurar un mundo común y de introducir las correcciones que el orden social amerita. “Vivir una vida privada por completo significa por encima de todo estar privado de cosas esenciales a una verdadera vida humana...La privación de lo privado radica en la ausencia de los demás; hasta donde concierne a los otros, el hombre privado no aparece y, por lo tanto, es como si no existiera...Bajo las circunstancias modernas, esta carencia de relación objetiva con los otros y de realidad garantizada mediante ellos se ha convertido en el fenómeno de masas de la soledad, donde ha adquirido su forma más extrema y antihumana.” (Hannah Arendt)

La privatización extrema de la existencia genera una de las actitudes anti-cristianas por excelencia como es la indiferencia frente al prójimo.

Los cristianos deberían interesarse por el hecho de que una sociedad que ve debilitada su esfera pública política sólo genera condiciones para una convivencia fracturada, que simplemente no se logra o que sólo llega a ser tangencial, cargada de modulaciones negativas que conducen a enclaustrar nuestras individualidades, una sociedad en que pueden ser cada vez más los individuos capaces de preguntar con escepticismo e indiferencia: “¿Soy acaso el guardián de mi hermano?”. Una dimensión central de la esperanza cristiana, apunta a un mundo humano en que lo que se verifica es la imposibilidad de formular tal interrogante porque se ha hecho carne la convicción de que somos responsables los unos de lo otros, responsables especialmente de los que sufren carencias e injusticias. Lévinas nos recuerda que la respuesta al amor de Dios, la respuesta a la revelación, exige la misma ruta abierta por el amor de Dios al Hombre: la del amor al prójimo. El porvenir se revela en el presente mismo, ya que el amor de Dios por el hombre es el hecho de que el hombre ama a su prójimo y, por consiguiente, prepara el Reino de Dios. En esta revelación está contenido el futuro de la Redención.

6. Los cristianos convencidos de que la esperanza cristiana compromete también una forma de articular la política, la exigencia de intervenir activamente en ese ámbito, deben tener presentes que el espacio público de una sociedad pluralista y democrática se rige por lo que podríamos denominar el principio antiautoritario, es decir, la idea de que la única autoridad a considerar social o políticamente es el acuerdo libre conseguido en relaciones de comunicación no distorsionada con nuestros congéneres, lo que equivale a sostener que ningún individuo, grupo o doctrina, puede obstaculizar la coordinación de la cooperación en una democracia, ni mucho menos cerrar el debate que en ella se origina, basándose en argumentos que se sustentan en creencias no vinculantes para todos los miembros de la sociedad. Lo que se ha terminado en la sociedad democrática, pluralista y secularizada, no es la religión sino la organización religiosa de la sociedad, lo que ya no tiene lugar es la ambición de definir la única norma aceptable en forma previa a iniciar la conversación y el debate público. El error que toda religión debiera evitar es pretender participar en un proyecto común, como la democracia, y, al mismo tiempo, no estar de acuerdo en jugar según las correspondientes reglas del juego.

Para el cristiano la caridad debiera ser siempre el límite a tener en cuenta, ella impone tener presente un cierto respeto por las expectativas morales de los demás, respeto por la conciencia y la vida de quienes forman la comunidad en la que vivimos, se trataría, simplemente, de reconocer todo aquello que no puede derribarse de golpe por amor a la Verdad a la que uno se siente ligado.

Quizás la sociedad democrática, pluralista y secularizada, representa para el cristianismo el desafío de ahondar en su carácter de *ofrenda* e invitación. Esto representaría, entre otras cosas, optar por la preeminencia de la vida de fe sobre la mera teorización de ésta, aceptar que la palabra cristiana no es sólo creíble por sus argumentos y contenidos, sino por el tipo de vida que genera. Quizás la sociedad democrática, pluralista y secularizada, exige, más que nunca, el arraigo de los creyentes en la revelación que nos muestra que el atributo más importante de Dios no es el poder sino el Amor, el arraigo en la verdad evangélica que nos dice que nada tiene precedencia por encima del amor al prójimo, que tal amor es

indisociable del amor a Dios y la más importante y decisiva verificación del mismo, el mayor testimonio de la esperanza que nos anima.

ACTA CUARTA REUNIÓN

Fecha: 20 agosto de 2008
Tema: Las estadísticas
Presentador: Jorge Costadoat sj
Lugar: Sala Padre Hurtado, Colegio San Ignacio El Bosque
Asistentes: Jorge Costadoat (coord.), Luciano Tomassini, Carlos Casale, Lambert, Enrique Muñoz, María Eugenia Góngora, Beltrán de Ramón, Enrique Barros, Hugo Tagle, Ernesto San Martín.

Tema: Las estadísticas

Lc 15:

*Entonces Jesús les contó esta parábola: 4 “¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las otras noventa y nueve en el campo y va en busca de la **oveja perdida**, hasta encontrarla? 5 Y cuando la encuentra la pone contento sobre sus hombros, 6 y al llegar a casa junta a sus amigos y vecinos y les dice: ‘¡Felicitadme, porque ya he encontrado la oveja que se me había perdido!’ 7 Os digo que hay también más alegría en el cielo por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.*

Algunos puntos destacados en la conversación:

- Las estadísticas tienen una fuerza democratizante porque dan voz a los que normalmente no tienen voz; porque informan a una sociedad que, desinformada, es presa fácil de los más poderosos; porque aportan información y con esta se toman decisiones de Bien Común; porque ponen al descubierto lo que se ha mantenido oculto. Las estadísticas ayudan a encontrar a la **oveja perdida**.
- Pero su uso acarrea también problemas:
 - Si se tiene una confianza excesiva en ellas pueden atentar contra la calidad ética de la política.
 - Las estadísticas simplifican la realidad y ahorran el diálogo y la argumentación.
- No se puede olvidar que en política también pesan, y sobre todo deberían pesar, los liderazgos independientemente de la simpatía que susciten los líderes.
- Las estadísticas no solo describen la realidad. También la cambian y pueden hacerlo en la dirección equivocada. El efecto Mateo reza: “al que tiene se le dará...”.
- Las estadísticas hacen juego con los medios de comunicación. Entonces cooperaran a constituir un poder casi incontrarrestable.
- También para la Iglesia representan un instrumento que ha de usarse con cuidado:
 - La Iglesia opera según el “sensus fidelium”. El Espíritu Santo asiste a la Iglesia en su conjunto. La jerarquía expresa la infalibilidad de la Iglesia. Por tanto, las estadísticas o encuestas no pueden ser desechadas como un instrumento para conocer la opinión de los fieles. Habrá otros instrumentos, pero las mediciones de este tipo algo dicen. Por ejemplo, no se puede

- afirmar que la Iglesia haya “recibido” (teológicamente hablando) una doctrina emanada por la jerarquía si el 90 % de los fieles no la practica.
- Sin embargo, sería muy lamentable que la Iglesia y los pastores en particular se movieran por estadísticas. Desde un punto de vista epistemológico la realidad se escurre en gran medida a las estadísticas; al usárselas, es menester declarar cuáles son los límites que en todos los casos tienen. Y, lo más importante, la Iglesia tiene la obligación de oír la voz de Dios y hacerla oír proféticamente en una sociedad que muchas veces sigue otros cursos. La verdad de la Iglesia es cuestión de testigos; no es posible “numerarla”.
 - La Iglesia queda confrontada nuevamente con el principio de la Encarnación. A través de las ciencias y técnicas (como la Estadística) puede explicar la realidad, pero solo puede comprenderla gracias al Espíritu (en términos de Ricoeur). Y, viceversa, la comprensión que pueden tener los cristianos de la realidad no se alcanza más que atendiendo a la realidad con las herramientas científicas y técnicas disponibles.

* Quedamos a la espera de la opinión de Ernesto San Martín sobre la epistemología de las Estadísticas.

ACTA QUINTA REUNIÓN

Fecha: 10 septiembre de 2008
Tema: Los resultados de la modernización en Chile
Presentador: Luciano Tomassini
Lugar: Sala Padre Hurtado, Colegio San Ignacio El Bosque
Asistentes: Jorge Costadoat (coord.), Luciano Tomassini, Lambert, Hugo Tagle, Ernesto San Martín, Angela Pérez e Ignacio Walter.

Lectura Previa: Eugenio Tironi “¿Es Chile un país moderno? Comentarios sobre el Censo 2002”.

Planteamiento general sobre el método de aproximación al fenómeno: Jorge Costadoat:

- Procuramos hacer una lectura teológica de los hechos o de casos, en el supuesto que Dios se revela en la historia y, en consecuencia, es posible discernir su Espíritu en los acontecimientos. El Espíritu nos va configurando como personas y como sociedad de acuerdo al paradigma de humanidad de Cristo. Por el contrario, el “mal espíritu” (san Ignacio) nos deshumaniza y, por tanto, también es necesario reconocerlo.
- El trabajo de Tironi debiera ser comentado bajo esta perspectiva: ¿cuáles debieran ser los indicadores de una sociedad cristiana (no una confesional o políticamente católica), distintos de los indicadores meramente modernos? ¿Bajo qué respectos las modernizaciones pueden reproducir los valores evangélicos? ¿Y bajo cuáles no?

Planteamiento de Luciano Tomassini:

- La desigualdad en Chile es un asunto predominantemente cultural. Sus fuentes han sido identificadas: cultura señorial española; mestizaje; encomienda; guerra de fronteras (país de cuarteles). La historia nos hizo tolerantes con la desigualdad.
- El estudio de Tironi nos revela que comenzamos a vivir en un país muy diferente producto de las modernizaciones en curso.

Comentarios de los participantes.

- A los ojos de la fe el progreso detectado entre los últimos dos censos no puede sino alegrarnos. No es lo mismo esperar que Chile sea “moderno” a que sea “católico-cristiano”, pero sin duda hay un empalme positivo entre el crecimiento temporal y el crecimiento del Reino. Cabe aquí recordar las palabras de Pablo VI en *Populorum Progressio*: “pasar de condiciones menos humanas a más humanas”. El cristianismo tiene una fuerza secularizante lo cual obliga a descubrir la salvación en una sociedad “más humana”. Otra cosa es el secularismo que afirma el valor de las realidades temporales por sí mismas, a fuerza de restárselo a Dios y a la religión.
- A los ojos de la fe también hay que notar que la miseria en Chile es producto de un “pecado cultural”, este es, el de una cultura que desprecia a quienes aspiran a salir de la posición inferior en que se encuentran. El libro de Oscar Contardo *Siúuticos*

(2008) denuncia modos clasistas y racistas de ser chilenos que contradicen los valores evangélicos.

- El informe de Tironi es muy positivo. Responde a lo sucedido estos años. Sin embargo, habría que tener presente también los síntomas de una sociedad en la que se pierde el “sentido” de la vida, especialmente cuando el consumismo, el ansia de tener, socava la consistencia en las personas. La modernización ha debilitado gravemente los vínculos comunitarios.
- Es de investigar si entre los chilenos hay un verdadero sentido del “bien común” o este es concebido como la suma de los bienes individuales (que cada uno persigue por cuenta propia). No es evidente que haya un interés compartido por una sociedad igualitaria.
- Se discute, por otra parte, que Chile sea un país tan desigual: el indicador Gini mide los ingresos autónomos (1/14), pero no los totales (1/7); por lo demás, el 1% más rico distorsiona la comparación. No se puede olvidar, por otra parte, que la República fue en contra de la sociedad estamental colonial (y esto ya por 200 años). Y ha de tenerse en cuenta la baja considerable de la pobreza de los últimos años (de 40% a 13%).
- Cabe preguntarse si la educación que se imparte transmite una estima por aquellos bienes que valen por sí mismos y no como medios. ¿A qué se educa? En este plano se juega la felicidad de un pueblo.
- Así como las modernizaciones no colaboran lisa y llanamente con el crecimiento del Reino, tampoco la Iglesia colabora siempre y por definición. Unas veces la Iglesia se ha plegado al signo de los tiempos (el catolicismo social respondió a la “cuestión social”); pero en educación, por ejemplo, no estuvo a la altura de los debates del Centenario (que condujeron a la educación obligatoria) y no está claro que lo esté en las cercanías del Bicentenario (cuando la búsqueda de una educación no selectiva es condición de una mejor para todos; siendo que sectores católicos acomodados aseguran una educación de elite mediante criterios de selección económica, social, intelectual y religiosa).
- Un país más igualitario requiere hoy un cambio cultural a favor de la diversidad y la apertura.

Para una próxima reunión se recomienda considerar cuáles serían las condiciones de una sociedad “más humana”. Y, por el contrario, cuáles serían los factores deshumanizantes o inhumanos de nuestra sociedad y cultura.

ACTA SEXTA REUNIÓN

Fecha: 15 octubre de 2008
Tema: La sociedad en que vivimos
Presentador: Jorge Costadoat sj
Lugar: Sala Padre Hurtado, Colegio San Ignacio El Bosque
Asistentes: Jorge Costadoat (coord.), Luciano Tomassini, Juan Noemi, César Lambert, Luis Oro, Román Guridi.

Lectura Previa:

- Entrevista a C. Peña, E. Tironi y R. Méndez aparecidas en la revista *Qué Pasa*.
- Encuesta nacional bicentenario de PUC-Adimark.

Planteamiento general sobre el método de aproximación al fenómeno: Jorge Costadoat:

- Procuramos hacer una lectura teológica de los hechos o de casos, en el supuesto que Dios se revela en la historia y, en consecuencia, es posible discernir su Espíritu en los acontecimientos. El Espíritu nos va configurando como personas y como sociedad de acuerdo al paradigma de humanidad de Cristo. Por el contrario, el “mal espíritu” (san Ignacio) nos deshumaniza y, por tanto, también es necesario reconocerlo.
- En la sesión de septiembre se acordó continuar con las preguntas: ¿dónde y cómo Dios actúa en Chile hoy? ¿Cuál puede ser su voluntad para nuestro país? Además se estableció que un criterio para descubrirlo puede ser el principio de “humanidad” establecido por Pablo VI en *Populorum Progressio*: ¿Cómo pasamos de una sociedad menos humana a una más humana?

Comentarios de los participantes a partir de los textos.

- En el análisis de la sociedad debemos cuidarnos del esquema dualista que desvincula en extremo el desarrollo material del moral o espiritual. Si bien ambos aspectos pueden diferenciarse – el desarrollo técnico es, por ejemplo, irreversible mientras que el desarrollo moral no lo es – debemos afirmar, a los ojos de la fe, no sólo la interacción sino que la unidad de ellos. Históricamente la Iglesia no ha estado siempre al resguardo de esta dicotomía en su comprensión de la realidad. Se menciona la ambigüedad sobre este punto de la encíclica papal *Spe salvi*.
- Los textos nos muestran, a grandes rasgos, tres niveles de análisis. En primer lugar, los datos objetivos del desarrollo chileno: la expansión del consumo, el acceso a la vivienda propia, la cobertura educacional, ... Luego, el núcleo familiar que, aunque fragilizado, sigue siendo importante para los encuestados (ej. todos se apoyarían en la familia ante las dificultades). Finalmente, aparece la diferencia entre el progreso objetivo y la percepción subjetiva del mismo que se encuentra marcada por el pesimismo de las elites y el optimismo de las masas.

- A partir de otras encuestas habría que contrastar este “optimismo material” con el pesimismo o desconfianza que cunde en nuestras relaciones interpersonales y en nuestra relación con las instituciones. Se evidencia un cierto repliegue de las personas hacia lo particular – el mundo privado de la familia y los amigos – que se desentiende de lo público, lo social o comunitario (según los textos, por ejemplo, hay pesimismo con respecto a la entelequia que llamamos país).
- No hemos sabido como país hacer la diferencia entre la instrucción y la educación. Lo que hoy fracasa es la calidad de la instrucción, pero no se ha planteado la educación como objetivo. El énfasis puesto en la instrucción nos ha hecho olvidar que la educación debiera apuntar al buen trato entre las personas, a los elementos “civilizatorios”. Aquí hay un signo de los tiempos que podría conducirnos a una sociedad más humana. Por otra parte, el sistema actual de educación promueve la selección y la exclusión. Ambas dos se contraponen a la lógica evangélica.

Para una próxima reunión se recomienda considerar "con los ojos de la fe" el caso de la educación en Chile.

ACTA SÉPTIMA REUNIÓN

Fecha: 19 de noviembre 2008
Tema: La educación
Texto: Juan Eduardo García-Huidobro, “Una nueva meta para la educación latinoamericana en el bicentenario”
Lugar: Sala Padre Hurtado, Colegio San Ignacio El Bosque
Asistentes: Jorge Costadoat (coord.), Luciano Tomassini, Hugo Tagle, Carlos Huneus, Román Guridi y Luis Oro. ón.

Lectura del acta de Román Guridi

Evaluación:

- Trabajo del grupo el año
- Futuro del grupo